

Semilla de Caridad

Discrepancia, esa Anormalidad

Por MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

31779
20

UNO de los efectos nocivos de la visita del Papa es el crecimiento de la intolerancia. El conformismo ambiental no admite la opinión discrepante. Todo el que no piensa como la mayoría, y se atreve a expresarla, es un ser anormal, que sólo se propone ofender el sentimiento de los demás. Su deber sería callar.

La disidencia en materia política o religiosa, aun sin llegar a la herejía, ha sido siempre socialmente mal vista. Y sin embargo, gracias a ella la historia ha caminado. Son innumerables los procesos sociales originados o consolidados en virtud de diferencias de opinión. Pero eso puede verse solamente en la perspectiva del tiempo.

Si mantener una posición diversa de la generalmente aceptada en asuntos concernientes a la religión suele considerarse poco edificante y contrario a las buenas costumbres, el problema se agrava cuando, como en la ocasión presente, altas opiniones, como la del Presidente de la República, se han expresado favorablemente a la visita del Papa. Entonces la heterodoxia es doble. Y en esa medida arrecian los reproches.

Esta mañana he contestado telefonemas que impugnan de manera poco cristiana el que se expresen puntos de vista o informes, no importa que sean documentados, sobre realidades de la Iglesia que las buenas conciencias se rehúsan a ver. No falta, por supuesto, la amenaza, velada o abierta. No falta, tampoco, el anuncio de consecuencias administrativas o legales. Poca importancia tendrían por sí mismos estos amagos, si no manifestaron el clima que ha favorecido esta visita, en el que florecen el oportunismo y la rigidez ideológica.

La semana pasada, algunos notarios publicaron varios mensajes en que instaban a toda persona amante de la paz y la libertad a dar la bienvenida al Papa, siguiendo el viril ejemplo del Presidente de la República. El chantaje encerrado en expresiones como éstas consiste en hacer pasar como contrarios a los valores enunciados en tales mensajes —paz, libertad, virilidad— a quienes no sólo no estimen conveniente la visita del Papa, sino que, más aún, no asisten a darle la bien-

venida. Se inicia de este modo un proceso altamente peligroso. Primero, hay que calificar al disidente, ponerlo en mal frente a la opinión generalizada. El segundo paso es aislarlo, mantenerlo en la marginalidad. De allí puede pasarse a la agresión, y nadie dudará de lo justificado que era preceder así contra quien osa lesionar el sentimiento religioso de la mayoría.

Muchos defensores de la pureza religiosa han sido, en realidad, asesinos torvos que quitaron la rienda a sus instintos no sin antes arroparlos con un disfraz de beatitud. No importa que le digan a uno, las encarnaciones modernas de aquellos inquisidores, que están elevando al cielo plegarias por la salvación o la conversión de quien ellos juzgan un impío blasfemo. No importa que aludan al camino de Damasco en que Saulo el perseguidor quedó convertido en Pablo el Apóstol. La intención de suprimir de tajo, por cualquier medio que fuere, la posibilidad de expresar criterios contrarios al que está prevaleciendo, asoma con claridad detrás de estas expresiones aparentemente piadosas.

Nadie tiene derecho, por supuesto, a emplear medios públicos para ofender la fe de los creyentes. Pero tampoco tiene derecho nadie a clamar, en tonos cabalmente lejanos de una sana actitud cristiana, por conducir a la hoguera a quienes no piensan como tales solicitantes. Felizmente, la Iglesia perdió hace mucho tiempo la capacidad de propulsar formalmente acciones del poder temporal para coaccionar a los herejes. Pero la presión social puede empujar hacia reacciones semejantes, nacidas del fanatismo y la intolerancia.

Bien harían las almas piadosas a quienes la visita de Juan Pablo ha llenado de júbilo, en afiliarse a las causas esenciales del cristianismo. Bien haría en recordar que Jesucristo no quiso que el pecador —es decir, el discrepante— muera, y menos por vía violenta, sino que se arrepienta y viva. Si de tal modo procedieran, nos obligaríamos a pensar que estuvimos equivocados al imaginar que en esas almas, enturbiadas por el odio, la presencia del Papa en México pudo dejar una semilla de caridad.